



JAPÓN





EL JAPÓN DEL SIGLO XXI: LAS MÚLTIPLES DIMENSIONES DE LA RECESIÓN PROLONGADA

J. DANIEL TOLEDO B.
UAM-Iztapalapa

INTRODUCCIÓN

El cierre del siglo XX y el tránsito al XXI sorprende a Japón en una circunstancia muy diferente a la de un siglo atrás. En efecto, mientras el tránsito del XIX al XX era coronado por la imagen de una exitosa modernización que trasladaba rápidamente a Japón de un feudalismo tardío a una moderna sociedad capitalista que no sólo estaba completando su primera revolución industrial, constituyéndose en la potencia regional indiscutida, sino que avanzaba con certeza y determinación hacia la consolidación de su proyecto nacional, regional y mundial, ingresando al concierto de naciones industrial y económicamente más avanzadas del planeta, por el contrario, hoy día, un siglo después, el tránsito del XX al XXI encuentra a Japón en una condición diametralmente opuesta: inmerso en una crisis profunda y duradera en la que lleva más de una década ¡la peor de los últimos cincuenta años!, según los propios gobernantes japoneses, que no sólo exhibe ya una impresionante estadística de descalabros económico-financieros como devaluación-revaluación del yen, desplomes bursátiles, caídas del PIB, bancarrotas, cierres de bancos y empresas, carteras vencidas, empréstitos y deudas incobrables, inéditas cifras en el desempleo, ineficacia de los ya numerosos programas de salvamento económico financiero, incluso hasta el suicidio de importantes funcionarios a raíz de escándalos financieros, etc., sino que también ha generado y hecho prevalecer una atmósfera inusual para los japoneses caracterizada por la pérdida de la confianza y la certidumbre en el rumbo y en el liderazgo, provocando la ruptura de leal-

tades y solidaridades básicas entre los actores y los factores productivos, otrora grandes pilares del “éxito japonés” en la era del rápido y alto grado de crecimiento económico (1955-1973), también llamado “milagro económico”, y aun en la era del crecimiento económico estabilizado (1976-1990).

Lo paradójico de todo esto es que las mismas estructuras y estrategias que permitieron el “éxito” en el transcurso del siglo en cuestión, hoy día están propiciando la debacle del “modelo japonés de desarrollo”, tanto en el terreno nacional como en el regional, provocando la interrupción de lo que ya algunos consideraban como una suerte de “japonización global” inevitable.¹

En el ámbito doméstico, se trata de una crisis mucho más profunda y estructural de la que los propios japoneses han supuesto y que mucho han tardado en admitir. Como se ha señalado, tiene que ver con el agotamiento mismo de un modelo, de una estrategia, de una manera de producir y de hacer negocios; tiene que ver, en fin, con un severo cuestionamiento de aquellos valores y prácticas que hasta ayer fueron factores determinantes e incuestionables del éxito económico japonés, pero que hoy, bajo el imperativo de los cambios tanto internos como externos, resultan ya inoperantes. De allí la duración de la crisis, pues no se trata sólo de ajustes económico-financieros, de la eliminación de contubernios y malos manejos presupuestales, o de poner en práctica impresionantes “paquetes de salvamento financieros” dotados de decenas de billones de yenes o miles de millones de dólares, como ha venido ocurriendo en el Japón de los noventa o de fines de siglo.²

¹ Japonización, entendida esencialmente como la difusión de prácticas de trabajo japonesas hacia otras sociedades capitalistas asiáticas y mundiales. Véase en Tony Elger y Chris Smith, *Global Japanization? The transnational transformation of the labor process*, Londres, Routledge, 1994.

² Desde 1992 a la fecha el gobierno japonés ha instaurado más de diez planes o paquetes de rescate y relanzamiento de la economía, que se han constituido en un tema cotidiano de la prensa japonesa e internacional. Como muestra representativa bastaría recordar los últimos tres más importantes: en febrero de 1998 bajo la administración de Ryutaro Hashimoto se puso en ejecución el Programa de Rescate Bancario con un monto de 30 billones de yenes (unos 246 000 millones de dólares estadounidenses); en octubre de 1998, ya bajo la administración de Obuchi se puso en operación uno de los más ambiciosos programas de saneamiento del sistema bancario bajo la normatividad de las Leyes sobre revitalización y recapitalización financieras consistente en 60 billones de yenes (unos 502 000 millones de dólares estadounidenses); por último, tras la consigna del “Renacimiento del Japón”, el gobierno de Yoshiro Mori adoptó un nuevo paquete de estímulos a la economía para ponerla en el camino de la recuperación, consistente en 11 billones de yenes, mismo que sería reforzado con otros casi 5 billones de yenes un mes más tarde.

Sólo por mencionar otros factores de la crisis habría que decir que se trata también de la adaptación a gobiernos de coalición en las relaciones políticas internas de Japón que, después de casi cuarenta años de gobierno de partido único (1954-1993), debe contender hoy con la inestabilidad política que deriva de la necesidad de construir coaliciones de gobierno, muy poco frecuentes en el régimen anterior; tiene que ver también con la desestructuración de ese vicioso o pernicioso nudo entre el gobierno, la burocracia y los grupos empresariales, “la gran combinación” según Lockwood, o el llamado “triángulo de acero” según la expresión política popular, que no sólo se ha comportado como el núcleo duro de la corrupción japonesa, sino también como una estructura muy poco permeable a los cambios. En otros terrenos, tiene que ver también con la incapacidad o falta de decisión para contrarrestar las presiones de todo tipo dentro de la llamada “tríada excluyente”, es decir, las pugnas entre Estados Unidos, la Comunidad Económica Europea y Japón, que aunque hermanados sistémicamente, son competidores por excelencia.

En un plano más específico, uno de los factores sociales que está en la base de la crisis y es, a la vez, una de sus consecuencias, es el agotamiento y pérdida de funcionalidad del sistema de relaciones industriales que con su empleo de por vida, sus salarios por antigüedad, su sindicato de casa, que garantizaban la cooperación y flexibilidad ente los factores productivos (empresa, Estado y trabajadores) para la materialización del “proyecto nacional” patentizado en el crecimiento y desarrollo económico a toda costa, con un mínimo de conflictividad laboral y con un máximo de cooperación, eficiencia y lealtad en los procesos productivos, en donde “el demonio de la inactividad” estaba desterrado y sólo había que “vivir para trabajar”, ya no existe más o, al menos, ya no tiene el carácter de pivote fundamental que tuvo durante la era del “milagro económico” y del cabal funcionamiento del llamado “círculo virtuoso de la economía” que hoy día, en vista de su obsolescencia, se ha convertido en “círculo vicioso”.

En otras palabras, se ha fracturado aquella “gran asociación” entre la empresa, el Estado, y los trabajadores, que impulsaba y garantizaba la “Japan Inc”. Actualmente los empresarios ya no están tan dispuestos a invertir sus recursos en el país y prefieren hacerlo en el exterior, donde no sólo cuentan con mano de obra abundante y barata, que ya no existe en el mercado de trabajo doméstico, sino que también garantizan una mayor rentabilidad de sus capitales e inversiones; el Estado se muestra cada vez menos dispuesto a impulsar políticas públicas y sistemas de seguridad y bienestar social, y está francamente reacio, insolvente e ineficiente para entrar en planes de rescate

y saneamiento de la economía nacional; y los trabajadores, los grandes receptores de la crisis, se hallan cada vez más marginados y excluidos de la toma de decisiones sobre la situación nacional. Y por si esto fuera poco, los otrora gestores y operadores del sistema: burócratas y políticos, se encuentran sumergidos en el caos y muchas veces en la parálisis, incapaces todavía de acomodarse a la dinámica de las coaliciones de gobierno y actuar en un esquema de relaciones mucho más horizontales y mucho más determinadas por los avatares dictados por la crisis económica, particularmente la espiral deflacionaria que ha asolado al Japón de fines de siglo.

En el ámbito regional y global se trata ni más ni menos que de la detención de la “locomotora económica de Asia”, del estancamiento del creador del llamado “milagro económico asiático” y propulsor del paradigma de los “gansos voladores asiáticos”; es decir, del diseñador del modelo de desarrollo basado en la promoción de exportaciones y de la estrategia de crecer a toda velocidad y a cualquier costo, que hoy hace crisis, incrementando las dificultades económicas y políticas de los países del área de influencia nipona en la región asiática del Pacífico porque, siendo el principal inversionista en dicha región, a partir del estallamiento de la llamada “burbuja especulativa” en la segunda mitad de 1991, poco ha podido hacer por reactivar seriamente aquellas economías y, por añadidura, revitalizar las industrias, el comercio y las finanzas desde Corea del Sur hasta Indonesia, particularmente en la coyuntura 1997-1998, cuando el “efecto Dragón” asoló la mayor parte de la región asiática del Pacífico.

De esta manera la entrada al nuevo siglo, o si se prefiere la inauguración del próximo milenio, no ha sido nada tranquila ni mucho menos venturosa para Japón.

Si a lo largo de toda la década de los noventa, bautizada ya como “la década perdida” para los japoneses, la predominancia de los temas económicos por sobre sus implicaciones políticas ha quitado el sueño y estresado a los japoneses, el tránsito del año 2000 al 2001 fue un poco lo contrario los temas políticos han estado en la cresta de la ola de la opinión pública y de la movilización política nacional aunque, como sabemos, el mar de fondo sigue siendo el desastroso estado de la economía japonesa. En otras palabras, la lucha por el poder político sigue siendo la disputa por el control económico, pero el imperativo del momento ha sido encontrar al operador político que, desde el cargo de primer ministro, conduzca no sólo a la recuperación económica y a la rehabilitación fiscal tan sentidas y deseadas, sino que sobre todo pueda reconstruir el liderazgo y la confianza que los agentes políticos y

económicos japoneses requieren con urgencia y que la comunidad internacional también le demanda. De allí que la espectacular aparición de la figura de Junichiro Koizumi en el escenario político nipón, desde abril de 2001, despertara tantas expectativas y movilizara a la sociedad japonesa hacia niveles de participación pocas veces vistos en la actividad y militancia políticas. En definitiva, el gran carisma del nuevo primer ministro no sólo ha tenido la virtud de romper con la apatía de un electorado desencantado de un PLD y decepcionado de la gestión de sus líderes tradicionales, sino que también ha permitido recuperar un poco la fe y la confianza en la modernización del sistema político sin las “vacas sagradas” de antaño, y en la aplicación de un programa de salvamento integral y eficaz que saque a Japón de la recesión que ya lleva más de una década, expectativa encarnada precisamente en la personalidad de Junichiro Koizumi y su oferta política.

EL FENÓMENO JUNICHIRO KOIZUMI

La aplastante y para muchos sorpresiva victoria obtenida por Junichiro Koizumi en las elecciones primarias prefecturales internas del PLD para ocupar la presidencia de dicho partido y catapultarlo automáticamente como primer ministro de Japón, fue efectivamente espectacular en cuanto resultados pero no tan sorpresiva en cuanto proceso, si nos atenemos a la dinámica de la política interna japonesa en los últimos diez años.

En efecto, los resultados son aplastantes para cualquier político del PLD, para cualquier facción por más poderosa que sea, o aun para cualquier político japonés por más trayectoria y poder que haya tenido: 87% de la votación de las bases del partido; triunfó en 41 de las 47 prefecturas; obtuvo 123 de 141 votos posibles de la representación prefectural, y en Tokio Koizumi recibió 39 178 votos por 17 068 que recibió Ryutaro Hashimoto, antiguo primer ministro, jefe de la facción más importante del PLD, que llegó segundo.³ Por donde se le mire es un desempeño espectacular e inédito de la política interna japonesa de los últimos decenios.

Ahora bien, ¿por qué no tan sorpresiva? En primer lugar porque hay que considerar el comportamiento y evolución del sistema político japonés de posguerra, por lo menos entre 1955-1993, lapso en el que ha vivido su consolidación y plena vigencia así como su agotamiento y obsolescencia, para

³ *Asahi Shimbun*, 24 de abril de 2001.

quedar expuesto al escrutinio de los cambios en el transcurso de la década de los noventa y muy particularmente a fines de ésta. Es en este contexto donde hay que inscribir el discurso reformista de Koizumi y su apabullante triunfo.

En segundo lugar es importante recordar aquí que la democracia de tipo procedimental instaurada a partir de la ocupación estadounidense garantizaba el dominio electoral continuo del PLD, frente a una oposición fragmentada en diversos partidos como el Partido Socialista Japonés (PSJ), el Partido Comunista Japonés (PCJ), el Partido Democrático Socialista (PDS) y el Partido del Gobierno Limpio (PGL), o en el marco de las nuevas alianzas como las construidas con el Nuevo Komeito, y el Hoshuto, o Nuevo Partido Conservador. No obstante el espectro político, se debe subrayar la débil influencia de la Dieta o Parlamento en la definición y aplicación de las políticas gubernamentales debido a que éstas se decidieron siempre dentro de la relación triangular entre el PLD, la burocracia y las grandes empresas, el llamado “triángulo de acero” de la política japonesa.

En este orden de cosas, la reproducción del sistema político y, por tanto, la defensa de sus intereses están garantizadas por la práctica política llamada “Habatsu” dentro del PLD, según la cual la competencia y la lucha, muchas veces encarnizada, entre las facciones del partido —basadas en jerarquías y liderazgos centrados en personalidades importantes del partido y caciquismos locales y sectoriales— por la obtención del cargo de primer ministro, con la peculiaridad de que la facción ganadora tenía que compartir el gabinete y las prebendas del poder con todas las demás. Todavía más, por si algo llegara a fallar se contaba con un candado de seguridad en la existencia de una fórmula electoral, llamada de distritos modos, la cual permitía que un mismo partido propusiera hasta cinco candidatos, lo que condujo a la sobre-representación del partido gobernante, con lo cual aseguraba su permanencia en el poder.

La expresión ejemplar, funcional y cotidiana de este sistema político la constituyó el llamado “modelo Tanaka”; es decir, el viejo estilo de hacer política, en directa referencia a la gestión de Kakuei Tanaka, primer ministro entre julio de 1972 y diciembre de 1974, quien repartía los cargos del partido y del gobierno entre los miembros de su facción, facciones aliadas, aliados externos importantes y grupos de poder; pero no sólo cargos políticos, la facción dominante distribuía también las recompensas del crecimiento económico entre su clientela política, entre los miembros de la Dieta, entre la maquinaria burocrática y los grupos especiales de interés económico, político, etc., a cambio de apoyo al PLD. Dicho modelo fue heredado y reproducido admirablemente

por los subsecuentes primeros ministros, particularmente Takeshita y Hashimoto. En definitiva, se trata de un modelo, de una estrategia y de una manera de hacer política fincada en la falta de transparencia y de controles administrativos, propiciatorios, a su vez, de corrupción, padrinazgos, nepotismos, amiguismos, tráfico de influencias, etc. Se trata también de una asociación muy estrecha entre gobierno, burocracia y empresas que entremezclan ventajosamente política y negocios, prácticas que dejan en flagrante evidencia la falta de un sistema auténticamente democrático que permita controlar dichos excesos. De allí que la derrota de Hashimoto en la contienda política de abril de 2001 por el liderazgo del PLD fuera una clarísima señal de ruptura con aquellos viejos patrones de gobernar “a lo Tanaka”, o de una aceptación sin contrapesos de la “hegemonía de la facción Takeshita”. La retórica de Koizumi denuncia aquellos usos, costumbres y prácticas políticas como “aberrantes”, mismos que deben ser desterrados de inmediato de la función política. Su lema de “¡Cambiar al PLD! ¡Cambiar Japón!” no sólo propone dejar atrás a las “vacas sagradas” del partido, sino inaugurar una nueva forma de hacer política que permita resolver el problema básico del país, que es la crisis económica.

Pero ¿qué ha pasado para llegar a este nivel de crítica y de pérdida de confianza en el PLD, sus políticas y políticos?

Como se ha dicho, mucho tiene que ver la crisis profunda y prolongada que ha aquejado a Japón por más de diez años, una crisis mucho más estructural que puramente monetario-financiera, lo que ha sido su talón de Aquiles, que no sólo ha propiciado la pérdida de la confianza y la certidumbre en el rumbo y en el liderazgo, uno de los grandes factores del “éxito japonés”, sino que también ha retrasado la reforma política y del Estado que se ha transformado, a su vez, en un factor de la crisis.

Con frecuencia se afirma que el sistema político japonés está tan sólidamente estructurado y tan previstas las alternancias en el poder ministerial, particularmente el cargo de primer ministro, que las muy frecuentes sucesiones no alteran mayormente el rumbo del país y de los proyectos nacionales. No obstante, y tal como se aprecia en el cuadro 1, en el lapso de los últimos diez años Japón ha tenido nueve primeros ministros, con un promedio aproximado de 1.1 años de duración en el cargo, hecho que contrasta con los 3 años de promedio en el cargo que tuvieron los 10 primeros ministros que gobernaron entre 1960 y 1989,⁴ situación que indiscutiblemente tiene que ver con la

⁴ Japan Country Brief, *Country Information. Japan*, Australian Department of Foreign Affairs and Trade, mayo de 2001.

continuidad, estabilidad, confianza y certeza en la gestión y con el respaldo de la ciudadanía a sus gobernantes de la que se habla más arriba. La década de los noventa no ha sido nada generosa al respecto. La inestabilidad ha sido casi la norma.

CUADRO 1
Primeros ministros japoneses; 1990-2001

<i>Nombre</i>	<i>Periodo de gobierno</i>	<i>Duración (aproximada)</i>
Junichiro Koizumi	abril 2001 al presente	9 meses
Yoshiro Mori	abril 2000-abril 2001	1 año
Keizo Obuchi	junio 1998-abril 2000	1 año 10 meses
Ryutaro Hashimoto	enero 1996-junio 1998	2 años 5 meses
Tomiichi Murayama	junio 1994-enero 1996	1 año 7 meses
Tsutomu Hata	abril 1994-junio 1994	3 meses
Morihiro Hosokawa	agosto 1993-abril 1994	9 meses
Kiichi Miyazawa	abril 1990-julio 1993	3 años 2 meses
Toshiki Kaifu	julio 1989-abril 1990	9 meses

Fuente: Japan Country Brief, *Country Information. Japan*, Australian Department of Foreign Affairs and Trade, mayo de 2001.

El proceso de sucesión de Yoshiro Mori por Junichiro Koizumi en abril de 2001 ilustra muy bien la atmósfera de deterioro político del PLD y explica mejor el llamado “fenómeno Koizumi”. En efecto, el ascenso a la primera magistratura japonesa de Yoshiro Mori se produjo en condiciones más o menos inesperadas: la sorpresiva muerte del primer ministro Keizo Obuchi, en abril de 2000, un intento solapado o una suerte de “golpe de Estado” con guante blanco que al final resultó frustrado, comandado por Mikio Aoki, jefe del gabinete, para suceder a Obuchi,⁵ y finalmente la elección de Mori, entonces secretario general del partido, al más puro estilo de la vieja tradición del PLD, basado en la negociación faccional secreta, aunque esta vez dicha negociación incluyera a los partidos aliados del PLD, dando origen a un gobierno que, como dice el dicho popular “nació con mala estrella”.

Dislates políticos y declaraciones poco afortunadas en materias tan delicadas como los fundamentos políticos y religiosos en pro del gobierno impe-

⁵ Véase Alfredo Román Z., “Japón”, *Asia Pacífico 2001*, Programa de Estudios APEC y CEAA, El Colegio de México, pp. 156 y ss.

rial Meidyi le atrajeron a Mori enemigos e inconformidades de dentro y fuera del partido;⁶ la sobrevivencia a dos mociones de “no confianza” contra su gabinete y propia gestión le restaron viabilidad a su gobierno; la victoria pírrica obtenida en las elecciones generales de junio de 2000, que aunque mantuvo la mayoría en la Cámara de Diputados, sufrió severas pérdidas en su representatividad parlamentaria, al punto de que el PLD llegó a uno de los niveles de apoyo más bajos de toda la era de la posguerra: de 40% de aceptación en abril de 2000 bajó a 19% a fines de mayo del mismo año.⁷ Finalmente, su gris desempeño en la Reunión Cumbre del Grupo de los Ocho (G-8) en Okinawa en julio del 2000 y su oneroso costo para un Japón en crisis, no pudieron evitar que ante la falta de resultados concretos se incrementaran las críticas en su contra. A todo esto habría que agregar no sólo el pobre manejo de la política interna para construir el consenso entre las facciones del PLD para sostenerlo políticamente, sino su magro desempeño al tratar de reactivar la economía japonesa a pesar de su paquete de estímulos económicos por casi 16 billones de yenes tras la meta de lograr “el renacimiento de Japón”. Así las cosas, la renuncia de Mori en el tránsito del 2000 al 2001 era una crónica más que anunciada, aunque su mandato expiraba formalmente en septiembre de 2001.

Si bien es cierto que el nombre de Junichiro Koizumi no aparecía entre los posibles candidatos para remplazar al primer ministro hacia fines del 2000, a diferencia de Yohei Kono, Shizuka Kamei, Masahiko Komura y el ex primer ministro Ryutaro Hashimoto, su presencia en la arena política japonesa no es totalmente ajena. Ubicado entre de los llamados políticos de tercera generación dentro del PLD, nieto e hijo de parlamentarios, él mismo incursionó exitosamente en tales terrenos a partir de 1972. Desde entonces ha estado en el escenario político japonés, en donde también ha servido un par de veces como ministro de Salud, en la última de las cuales actuó bajo la jefatura de Ryutaro Hashimoto, el hombre al cual derrotó en la última elección para presidente del PLD, por tanto para primer ministro de Japón, y ha sido también ministro del Servicio Postal, de donde muy probablemente sustrajo la idea de la privatización de dicha institución, el banco de ahorro más grande, popular y poderoso de todo Japón. Aún más, desde 1995 Koizumi ha competido ya un par de veces por la presidencia del PLD, aunque sin gran éxito ni apoyo de su partido. No obstante, es justo señalar que empezó a ser reconocido dentro

⁶ *Ibid.*, pp. 161-162.

⁷ *Yomiuri Shimbun*, 26 de mayo de 2000.

de los círculos del PLD como un político con métodos poco ortodoxos en cuanto a retórica, oferta política y aun atributos personales, que bien le ganaron el apelativo de “don Quijote”, para enfatizar su imagen de *rara avis* de la política japonesa.

En efecto, el estilo de Koizumi es muy poco japonés: claro, directo y muy franco, sobre todo cuando aclara que su programa de reformas no incluye a las “vacas sagradas” del PLD, o cuando advierte a la sociedad japonesa, y muy particularmente al electorado que lo ha favorecido, que el rescate de la economía japonesa costará “sangre, sudor y lágrimas”, y que pese a ello no flaqueará en el intento; incluso se muestra osado, firme y hasta irreverente cuando amenaza hasta a su propio partido: “Si el PLD trata de obstruir mis reformas, yo destruiré al PLD”, una extraordinaria amenaza, proviniendo de un primer ministro.⁸

Por otro lado, en un país que hace honor a la austeridad, parquedad y conformismo, Koizumi se comporta como un incorformista y una persona muy independiente respecto del orden político predominante en el Japón de hoy, al que desea cambiar, particularmente cuando expresa que “le gustaría ver a la gente elegir directamente al primer ministro, igual que el sistema practicado en Estados Unidos. Esta reforma debe hacerse —enfátiza— cambiando la Constitución y aunque exista una fuerte oposición por parte de los partidos gobernantes”.⁹ De allí que no resulte nada extraño que su agenda de reformas sea considerada la más radical de todo el periodo de la posguerra no sólo porque propone recortar el gasto público, reducir las dimensiones del gobierno, disminuir drásticamente la deuda pública y privada, y privatizar los servicios públicos, sino también reformar la Constitución para elegir directamente al primer ministro, como ya se ha dicho, y para reformar el artículo 9 de la llamada Constitución de la Paz, que prohíbe a Japón tener oficialmente fuerzas armadas y lo obliga a renunciar a la guerra como forma de resolver los conflictos internacionales, reformas que suscitan gran controversia y dividen al electorado, toda vez que muchas de ellas representan verdaderos cotos de poder para los políticos tradicionales.

De cualquier manera, la actual popularidad de Koizumi es incontrarrestable. ¿Quién podría dudarle? El apoyo que le ha brindado la opinión pública en el transcurso del año ha evolucionado de 7 a 80% y se trata además de un hombre excepcionalmente limpio, sin chismes e historias controvertidas, sin escándalos aparentes, lo que ya es noticia en un país que ha sido rudamente

⁸ “The Atlantic Online”, *National Journal*, 8 de agosto de 2001.

⁹ *Time Asia*, 27 de noviembre de 2000.

golpeado por los escándalos financieros de sus políticos en los últimos diez años. Y por si esto fuera poco, su apariencia y comportamiento personal atraen a mucha gente, y la mayoría de los medios de comunicación lo ha calificado como un “teenager” para el promedio de los políticos japoneses. Su altura, delgadez, corte de cabello a lo “Beethoven”, gusto por la música clásica, pero también por el rock pesado, su condición de divorciado y su apariencia juvenil, pese a sus 50 años, lo hacen atractivo para las mujeres, muchas de las cuales lo consideran inclusive sexy. Aún más, Koizumi habla un inglés bastante fluido, cosa rara entre los políticos japoneses, tan rara como que un presidente estadounidense hable japonés.

En definitiva, y más allá de cualquier otra consideración, aun de aquellas que rayan en la frivolidad, la razón fundamental de la inédita popularidad de Koizumi es que éste ha sabido interpretar el deseo de cambio de buena parte de la sociedad japonesa, harta ya de líderes tradicionales y de crisis, y ha personalizado la política, fincado en su gran carisma y congruencia personal, trascendiendo al PLD. Ahora bien, en términos de capital político y a mediados del año 2001 la pregunta clave fue: ¿podría el primer ministro Junichiro Koizumi transferir su gran popularidad a su partido por la contienda electoral de la Cámara de Senadores del 29 de julio de 2001? La respuesta de los electores no sólo fue favorable, sino altamente positiva, si se consideran los resultados de la elección previa para la Cámara de Diputados de junio de 2000, cuando el PLD perdió 38 asientos, o la última elección para la Cámara de Senadores de 1998, cuando el PLD aspiraba conseguir 61 representantes y sólo ganó 44. Esta vez obtuvo 64 de las 121 curules en disputa para conformar una representatividad total del PLD de 111 curules, después que un independiente se unió al partido; así, junto a los representantes de sus aliados Nuevo Komeito y Nuevo Partido Conservador, alcanzan 140 de un total de 247 curules, conformando una contundente mayoría absoluta en la Cámara de Senadores. Con esto el PLD no sólo revierte la tendencia a la baja de su votación, sino que obtiene la mayor victoria electoral desde 1992.¹⁰

Los resultados de la elección de la cámara alta celebrada el domingo 29 de julio de 2001 pueden tener múltiples lecturas y significados, pero entre todos ellos parece haber un mensaje indiscutible: el gran respaldo a Junichiro Koizumi constituye un vigoroso e inequívoco mandato popular para llevar adelante su programa de reformas, tanto en el sistema político del país como en la aplicación de las medidas necesarias para revertir la prolongada rece-

¹⁰ *The Japan Times*, 30 de julio y 6 de agosto de 2001.

sión económica. No hay duda de ello. Es más: “¡No hay crecimiento sin reforma!” ha dicho recientemente Koizumi en su mensaje a la Dieta el 27 de septiembre con motivo de la inauguración del periodo de sesiones 153.¹¹ No obstante estas certezas, hay que admitir que persiste una interrogante básica: ¿Será capaz Junichiro Koizumi de transferir su gran popularidad a su programa de reformas y concretar en los hechos sus aspiraciones reformistas? Eso está por verse. En lo que sí no hay duda es que esta cuestión constituye el verdadero y gran desafío político del primer ministro, sobre el cual, ahora sí, afloran algunas incertidumbres.

Por lo pronto, y en el terreno de las certezas, es un hecho que Koizumi y el PLD, tanto en la elección para la Asamblea de Tokio como para la elección de la cámara alta no sólo han logrado recuperar la base electoral más crítica de los grandes sectores urbanos, sino también han retenido el tradicional y conservador voto rural que, junto con los otros sectores sociales fieles y confiables del partido, conforma una tremenda base de apoyo que permitiría catapultar el programa de reformas; por otro lado, el bloque tripartito de la coalición gubernamental, en tanto combinación victoriosa, le proporciona una muy cómoda mayoría absoluta que favorecería, desde la Dieta, la operatividad constitucional de las reformas y, por último, es un hecho que desde que asumió como primer ministro del 26 de abril de 2001 a la fecha, ha incrementado el poder de la principal magistratura y su capacidad operativa y de control sobre el presupuesto, ha conformado un gran aparato de gobierno y un equipo de asesores preparados, eficientes y extremadamente hábiles en el manejo de los medios de comunicación, particularmente en la promoción de la imagen del primer ministro y su “paquete de reformas”.

En el terreno de las incertidumbres, éstas se vinculan principalmente con el comportamiento de los viejos políticos, las archimencionadas “vacas sagradas”, que controlan las principales facciones del PLD y que defienden a ultranza el sistema japonés de posguerra y sus respectivas prácticas y prebendas, fuerzas poderosas que ante el avasallamiento del “fenómeno Koizumi” y la única posibilidad de salvar al PLD han permanecido pasivas, aunque irónicamente beneficiadas, pero al acecho, prestas a reaccionar a la menor amenaza a sus intereses vitales; está también la potencial (y muy real) amenaza de la reacción de los enormes y poderosos grupos de intereses, como los vinculados a la industria de la construcción y a la agricultura, quienes han prosperado con las políticas paternalistas y de otorgamiento de subsidios

¹¹ *The Japan Times*, 28 de septiembre de 2001.

fiscales, mismos que serían drásticamente erradicados en el programa reformista del gobierno. Por último están también las potenciales reacciones de otros importantes sectores sociales ante la irreversibilidad y drasticidad de ciertas reformas que no sólo costarán “sangre, sudor y lágrimas” a muchos japoneses, sino que deprimirán aún más la economía japonesa por un periodo no menor a dos a tres años, con los consabidos costos sociales que esto traerá aparejado, como sería el caso de la reforma bancaria en donde la eliminación de las deudas incobrables supondrá la quiebra irremediable de un gran número de pequeñas y medianas empresas, con el consiguiente aumento del desempleo a tasas de alrededor de 7%, algo nunca visto en el Japón de la posguerra.¹²

Por último, ciertas actitudes del propio Junichiro Koizumi resultan bastante controvertidas, por decir lo menos, ya que suscitan incertidumbres: por un lado se manifiesta cercano a Koichi Kato y Taku Yamasaki, los líderes rebeldes de PLD, pero también se confiesa cercano a líderes tradicionales como Hiromu Nonaka y muy particularmente a Yoshiro Mori, con quién ha compartido la misma facción y el mismo mentor (Takeo Fukuda) durante 30 años. Afirma que el PLD inició el principio de su fin a comienzos de los noventa, pero permanece en él y lo fortalece en el 2001 sin que hayan mediado grandes cambios en su estructura organizacional;¹³ por una parte se manifiesta firme y progresista, hasta radical, en el sentido de que no dará un paso atrás en la realización de su programa reformista y renovador, y por la otra gasta gran parte de su capital político en pro de un nacionalismo bastante trasnochado al concurrir al templo sintoísta de Yasukuni para honrar a los héroes japoneses, incluidos los criminales de la segunda Guerra Mundial, o al eludir la discusión en torno a un nuevo libro de texto que prácticamente ignora las responsabilidades japonesas en la guerra expansionista-militarista y oculta los abusos y crímenes cometidos por sus tropas en el este y sureste de Asia durante la segunda Guerra Mundial. Por último, no deja de sorprender, al menos para importantes grupos genuinamente pacifistas de Japón, el empecinamiento de su primer ministro por la abrogación del famoso artículo 9 que, entre otras cosas, abriría las puertas al armamentismo japonés, de tan triste y funesta memoria no sólo en el ámbito nacional, sino también en el internacional.

En el plano internacional, los desafíos no son menores. Es evidente la preocupación, y hasta la presión, del grupo de los ocho países industrializados

¹² “The Atlantic Online”, *National Journal*, 8 de agosto de 2001.

¹³ *Time Asia*, 27 de noviembre de 2000.

(G-8) para que el Japón resuelva pronto su crisis y asuma con mayor energía sus compromisos con la economía regional y mundial. Esto fue evidente en la cumbre de Okinawa, en julio de 2000, y volvió a reiterarse en la cumbre del G-8 en Génova, Italia, en julio de 2001. En este contexto y por razones obvias, la posición y acción que más preocupan a Koizumi son las de Estados Unidos, tanto en términos de políticas de rescate, como de garrote. De allí que, con motivo del cincuenta aniversario del Tratado de Paz de San Francisco, el 8 de septiembre de 2001 el primer ministro se haya apresurado a declarar que dicho tratado de paz y seguridad marcó la primera etapa de la reinserción del Japón a la comunidad internacional, inmediatamente después de la segunda Guerra Mundial, iniciando el proceso de paz y prosperidad del que disfruta el Japón de hoy; por tanto nada puede evitar que la sociedad y el Estado japonés extiendan los términos y condiciones del referido tratado a lo largo del siglo XXI, con miras a asegurar un rol más preeminente de Japón en la construcción de un orden internacional respetuoso de los derechos humanos y de la democracia, de la economía de mercado y del libre comercio. En la misma línea hay que inscribir las declaraciones hechas en su visita a Estados Unidos el 25 de septiembre de 2001 con motivo de los atentados terroristas del 11 de septiembre, en las cuales, aparte de manifestar la solidaridad, el pesar y respaldo de Japón al pueblo y gobierno estadounidenses, expresó su total coincidencia con las acciones de Estados Unidos en contra del terrorismo internacional, manifestando que Japón apoyará resueltamente las medidas que Estados Unidos adopte al respecto, puesto que la amenaza del terrorismo es también un reto y una lucha del propio Japón. En este sentido Japón, junto con la comunidad internacional, tomará medidas y desarrollará iniciativas tendientes a erradicar drásticamente dicho flagelo, medidas en las que, si bien se abstendrá del empleo directo de la fuerza militar, desarrollará acciones de apoyo, cooperación y complementariedad a las políticas y acciones estadounidenses en contra del terrorismo mundial, particularmente en Afganistán y Pakistán.

Con todo, el verdadero reto para la carrera política de Junichiro Koizumi acaba de empezar y todo parece indicar que la resolución de la crisis japonesa tendrá que esperar todavía un poco más.

LA PESADA CARGA DEL DESEMPLEO

Pocos indicadores como el desempleo para ilustrar los efectos sociales de una crisis económica. En tanto efecto primario detona muchos otros proble-

CUADRO 2
Evolución del producto y del desempleo; 1990-2001

<i>Año</i>	<i>Producto (%)</i>	<i>Desempleo (%)</i>
1990	5.1	2.1
1991	3.8	2.1
1992	1.0	2.2
1993	0.3	2.5
1994	0.6	2.9
1995	1.5	3.1
1996	3.9	3.3
1997	0.8	3.4
1998	2.5	4.1
1999	0.2	4.7
2000	1.4	5.0
2001	0.9*	5.4**

* Estimación preliminar con base en pronósticos del gobierno japonés.

** *Japan Labor Bulletin*, vol. 41, núm. 1, enero de 2002, p. 4.

Fuente: FMI, *Japan Labor Bulletin*, vol. 40, núm. 12, diciembre de 2001.

mas sociales relativos a la estabilidad, seguridad y calidad de vida, tanto personal como colectiva. Poquísimos países pueden ufanarse hoy día de escapar de dicho flagelo. Japón no ha sido la excepción pese a que se trata de la segunda economía más poderosa de la tierra y de que es uno de los llamados países “ricos” del orbe. Es más, el hecho de que la tasa de desempleo haya sobrepasado 5% en el transcurso del 2001, tal como se puede observar en el cuadro 2, no sólo ha sido algo inédito en la historia del Japón de la posguerra, sino que representa un verdadero trauma para una sociedad que ha sido educada y orientada hacia la cultura del trabajo y organizada en función del “pleno empleo”, en donde la tradición capitalista del despido de trabajadores en momentos álgidos para salir de la crisis o superarla, prácticamente no existía, no era seguida o compartida por la empresa japonesa, ni mucho menos por el Estado. Por el contrario, la tradición es más bien no despedir a nadie y mantener las nóminas sobredotadas. El drama social, incluso existencial, se desencadena hoy cuando en octubre de 2001 se alcanza 5.4% de desempleo; es decir, 3.6 millones de trabajadores japoneses están sin trabajo, algo verdaderamente impensable hace 10 años.¹⁴

¹⁴ *Japan Labor Bulletin*, vol. 40, núm. 12, diciembre de 2001, pp. 2-16.

El problema del desempleo adquiere una importancia central dentro del mundo del trabajo en la sociedad japonesa, en primer lugar por las dimensiones que ha alcanzado y aún alcanzará, y en segundo lugar por su profunda significación, toda vez que ha puesto en explícita evidencia el agotamiento del sistema japonés de relaciones industriales, que fue uno de los pivotes fundamentales del éxito del modelo japonés de la posguerra, y que hoy es causa pero también efecto de la prolongada recesión económica. En cuanto a lo primero, habría que agregar que si 5.4% de desempleo resulta altamente preocupante para la sociedad japonesa, el problema se torna verdaderamente dramático cuando se conoce que el desempleo real, que la sobredotación de nóminas y la fórmula de cálculo de la tasa de desempleo que utilizan los japoneses se mantiene disfrazada,¹⁵ y que alcanzaría una cifra récord de alrededor de 12%. Todavía más, si sobre esta dimensión real del desempleo japonés de 12% proyectamos los efectos de la acción del Comité de Reestructuración Financiera que opera desde 1999¹⁶ y consideramos la puesta en práctica de las reformas y medidas de rectificación y saneamiento económico financiero anunciadas por el primer ministro Junichiro Koizumi para el sector bancario, agrícola y de la construcción, acciones que necesariamente traerán aparejadas quiebras y despidos masivos, la tasa de desempleo alcanzaría cifras cercanas a 16%, dimensión verdaderamente catastrófica para Japón.

Quizás lo anterior no sorprenda tanto a una comunidad internacional acostumbrada a escuchar que muchos países de la Comunidad Económica Europea exhiben un desempleo estructural que llega a alcanzar los dos dígitos, al igual que muchas de las llamadas economías emergentes de América Latina, sin que esto venga acompañado de conmociones sociopolíticas tan extremas. Sin embargo, y como se ha reiterado, el caso japonés es diferente: se trata de un sistema muy poco preparado para contender con cifras de desempleo tan altas como las que ahora se alcanzan, un sistema en el que prácticamente no existe la figura del “seguro de desempleo”, como en otras sociedades industriales; que tiene un muy raquítico sistema de retiro, jubilación, bienestar y seguridad social, en una sociedad en donde la gran mayoría de los trabajadores debe jubilarse obligatoriamente a los 60 años de edad, pero cuyas expectativas de vida son en promedio para hombres y mujeres 80 años de edad, las

¹⁵ A principios de los ochenta apareció el libro de Jon Woronoff, *Japan's Wasted Workers*, editado por Kodausha Ltd., Tokio, 1981, donde ya se abordaba el problema de la sobredotación de nóminas y el desperdicio de trabajadores en el sistema de empleo japonés.

¹⁶ Véase *Asia Pacífico 2000*, pp. 320-321.

más longevas de la tierra. Todavía más, en una sociedad en donde la gente mayor de 65 años es mucho más que la de 15, la posibilidad del “reempleo” de los jubilados es prácticamente nula. He ahí un drama: la opción por los jóvenes, cada vez más escasos, es definitiva.

Hoy día, en un país como Japón que garantizaba el pleno empleo a sus ciudadanos, ninguna empresa puede ofrecer esas garantías, y mucho menos cuando las bancarrotas y los despidos están ya vigentes, generando un clima de temor e incertidumbre nunca visto a lo largo de todo el periodo de la posguerra. ¡Qué lejanos parecen aquellos días de la década de los ochenta, cuando con un orgullo desmedido—incluso soberbia— los japoneses se vanagloriaban de una supuesta superioridad del pueblo japonés frente al estadounidense, apoyados sobre la base de su éxito económico y homogeneidad étnico-cultural, rasgo que difícilmente podía cumplir la sociedad multirracial estadounidense, dada la presencia de “minorías retardatarias como los negros y los latinos”! ¡Qué distantes están también aquellos momentos de euforia cuando se ufanaban de la compra del Rockefeller Center, los campos de golf de Pebble Beach o de ser ya dueños de 30% del PIB de California, en la costa dorada del Pacífico!

Actualmente el panorama es muy diferente: las quiebras, el desempleo, la creciente delincuencia e inclusive el aumento de la tasa de suicidios, no sólo incrementan el pesimismo, sino que configuran un panorama de abatimiento e incertidumbre cada vez más generalizados. Por primera vez la gran mayoría de los japoneses siente los rigores de la crisis, se aprieta el cinturón y empieza a sobrevivir a duras penas de sus ahorros. La riqueza “se nos está escapando de las manos”, exclaman muchos de ellos con genuina desesperación. El paisaje urbano testimonia también los efectos de la crisis: junto a los tradicionales “sin casa” japoneses que se refugiaban en las estaciones del metro de las principales urbes y que constituían una especie de “folclore urbano” de los desencantados de la industrialización y del rápido crecimiento, se ha instalado hoy una gran cantidad de mendigos y marginados que, con sus letreros de “despedidos”, solicitan ayuda a los transeúntes, lo mismo que los centenares de indigentes que viven hoy en carpas de lona en los parques y plazas públicas, productos de la “reestructuración”, eufemismo de desempleo, que azota y abate a muchos japoneses, constituyen signos y expresiones inequívocas de pobreza que creían desterrados para siempre de su territorio.

Por otra parte, miles de puestos de trabajo japoneses están emigrando a China y a otros países del sureste de Asia, donde la calidad de la mano de

obra es bastante similar a la japonesa, pero su costo es sustancialmente más bajo, fenómeno real y creciente que no sólo ha puesto en vías de extinción los productos “made in Japan”, sino que también está inhibiendo drásticamente las posibilidades de recuperación de la economía japonesa. Tal es el caso de Sony, quien ya fabrica en China todas las computadoras Play Stations de primera generación, que produjo ni más ni menos que 7 millones de unidades en el 2001, y está pensando en trasladar a ese país la fabricación de la PS21, lo que supone el abatimiento de miles de empleos en el mercado de trabajo japonés; lo mismo sucede con Toshiba, que ya tiene operando en China casi la mitad de sus 45 fábricas, que producen aparatos de aire acondicionado, teléfonos celulares, televisores y un sinnúmero de aparatos electrónicos de moda, y que estarán quitando otros tantos puestos de trabajo a los japoneses.¹⁷ De allí que numerosos ingenieros, gerentes y trabajadores especializados de las fábricas japonesas hayan comenzado a solicitar trabajo en China, aunque sea ganando la mitad de lo que percibían en las empresas japonesas.

En ese contexto tuvieron lugar las negociaciones de Shunto, o la llamada ofensiva laboral de la primavera del 2001, la clásica estrategia japonesa de negociación obrero-patronal que, a diferencia de los años gloriosos de la era del “milagro económico”, esta vez se realiza en una atmósfera de extrema austeridad, escepticismo, y aun franco pesimismo respecto del mejoramiento de las condiciones de trabajo y de la recuperación económico social de Japón. En términos más concretos, con una situación económico social empeorando día con día, el desempleo creciendo hacia niveles inéditos, mucha inestabilidad en el tipo de cambio del yen, caídas frecuentes en el índice de precios de la Bolsa de Valores, y un preocupante estancamiento de la economía de EU, el principal socio nipón, poco podía esperarse de Shunto 2001. Como siempre, el antagonismo entre las partes quedó de manifiesto: los empresarios, prisioneros de la recesión prolongada, reclaman la improcedencia del aumento salarial, toda vez que los salarios y el costo del trabajo en Japón están entre los más altos del mundo, y argumentan que si se desea mantener la competitividad internacional y dar prioridad a la estabilidad en el empleo se debe contener el aumento del salario y circunscribirlo a la capacidad de pago de cada empresa. Por su parte los trabajadores, los grandes receptores de los costos sociales de la crisis, demandan un aumento del salario base, seguridad en el empleo, pago por sobretiempo —una demanda muy poco fre-

¹⁷ *Time Magazine*, febrero de 2002, pp. 12-13.

cuenta en el Japón de otras épocas—, y la extensión de la edad de retiro obligatorio o jubilación más allá de los 60 años. Como se ve, demandas relacionadas básicamente con la protección del empleo, única manera —según los trabajadores— de garantizar la expansión del consumo interno, considerado también como un elemento clave para activar la recuperación económica. Y como siempre, pese a persistir algunas diferencias, se alcanzó el acuerdo final de recomendar un aumento de 1.93% que, comparado con 1.97% obtenido en el año 2000, representa el incremento salarial más bajo otorgado a los trabajadores japoneses en toda la era de la posguerra, es decir, desde la primera ofensiva laboral en 1956.¹⁸

No deja de llamar la atención el hecho de que pese a los altos costos sociales y la prolongada duración de la crisis, la sociedad japonesa en términos generales permanezca todavía tan pasiva, inmovilizada y hasta cierto punto benévola frente a tales acontecimientos. No obstante, nada autoriza a pensar que en la medida en que las quiebras, despidos, desempleo y miseria se extiendan y profundicen a niveles intolerables para la ya desesperada sociedad japonesa, surjan protestas y estallidos sociales que pongan en marcha una subversión civil más generalizada. De allí que en círculos gubernamentales se considere que los altos niveles del desempleo son un problema básico que atañe a la seguridad nacional. El propio primer ministro Koizumi lo reconoce como una “responsabilidad política ineludible”, al señalar que la “eliminación de la inseguridad en el empleo” será una de las preocupaciones prioritarias no sólo en términos presupuestales para impulsar programas de protección y extensión del empleo, sino también en la creación de unas 180 000 industrias y empresas por año, con la consiguiente apertura de nuevos puestos de trabajo,¹⁹ particularmente en el campo de las tecnologías de la información. En este sentido la apuesta japonesa apoya a la llamada “I T Revolution” (ITR), es decir, a impulsar la “revolución de las tecnologías de la información” como estrategia básica que propulsará la economía japonesa hacia una nueva etapa de su desarrollo, única manera de garantizar el crecimiento del PIB, asegurar la expansión del empleo y fortalecer la competitividad internacional.

La habilidad para usar computadoras y otras tecnologías asociadas que tienen como finalidad la recolección, el uso, análisis y evaluación de la información en la planeación y ejecución de los procesos productivos está en el

¹⁸ *Japan Labor Bulletin*, vol. 40, núm. 12, diciembre de 2001, p. 16.

¹⁹ Discurso de Koizumi a la Dieta pronunciado, el 27 de septiembre de 2001, *Japan Times*, 28 de septiembre de 2001.

centro de las tácticas operativas, mismas que traerán aparejados considerables cambios en los componentes de las relaciones industriales y aun en los estilos de vida de la sociedad japonesa, cambios a los que, por lo demás, la nación japonesa está bastante habituada: ocurrió con el advenimiento de la primera revolución industrial a principios de siglo; con las reformas introducidas por la ocupación estadounidense, en la inmediata posguerra, y con la reestructuración productiva de mediados de los setenta. Pero, a diferencia de aquellas épocas en que la revolución tecnológica afectó principalmente al trabajo y al sector manufacturero, la revolución actual incide principalmente en el sector terciario y los trabajadores de “cuello blanco”. En este terreno Japón no se encuentra en tan mal pie; por ejemplo, en un reporte del Departamento de Comercio de Estados Unidos se consigna que el número de trabajadores en el sector ITR en 1999 en Japón se estimaba en 3.64 millones; es decir, 6.8% del empleo total, número y proporción que excedían a los de Estados Unidos, donde había unos 3.28 millones, equivalente a 5.1% del empleo total.²⁰

En definitiva, la persistencia en salvaguardar un sistema de relaciones industriales, y muy particularmente una estructura del empleo que ya no es compatible con la dinámica social interna ni mucho menos con las modalidades y presiones impuestas por la economía global, está en el origen de la prolongada recesión japonesa. En efecto y como se ha reiterado, el actual sistema de relaciones industriales constituye hoy más un lastre que un factor promotor del desarrollo; su supervivencia no sólo pone en entredicho la competitividad de las empresas japonesas en el ámbito internacional, sino que está impidiendo aquel “cruce fertilizador de la productividad del trabajo” garantizado por la flexibilización y apertura del mercado de trabajo, según la lógica de la OECD. Esto que pareciera una verdad incontrovertible para cualquier experiencia capitalista contemporánea, para el caso japonés tiene sus peculiaridades, puesto que “flexibilización del mercado de trabajo” supone también despedir más fácilmente a la gente, costumbre socialmente censurable en la sociedad japonesa, tanto porque afecta la estabilidad del empleo, factor crucial para la restauración de la confianza de los trabajadores japoneses, como porque afecta directamente al consumo, cuya preocupante disminución ha sido a su vez identificada como un factor que ha retardado la recuperación económica. Todo un “círculo vicioso” que ha inhibido la reforma laboral indispensable para la superación de la crisis.

²⁰ “The 2001 White Paper on the Labour Economy...”, *Japan Labor Bulletin*, vol. 40, núm. 9, p. 13.

No obstante, hoy por hoy y a la manera japonesa, parece imponerse la idea de un empleo más flexible, con más trabajos temporales, de duración más limitada y de mucho mayor movilidad horizontal, donde se privilegia más la función que la antigüedad en la determinación de las condiciones del trabajo; con sistemas de educación, capacitación y entrenamiento continuo y actualizado en el trabajo destinados a asegurar un empleo más satisfactorio que implique mayor movilidad, mejor salario con menos horas, en más ocupaciones y por más tiempo, etc., condiciones ya lejanas de aquellas proporcionadas por el empleo de por vida y los salarios por antigüedad garantizados por el sindicato de la empresa, otrora los “pilares de oro” del éxito japonés.

Así, y en lo que al mundo del trabajo respecta, la entrada de Japón al siglo XXI se realiza bajo circunstancias muy peculiares: el nivel sin precedentes de competitividad internacional que acompaña al creciente proceso de globalización; la rápida expansión y desarrollo de las tecnologías de la información; el creciente interés en el medio ambiente y el envejecimiento de la sociedad, representan otros tantos desafíos que el actual sistema productivo y de relaciones industriales japonés deberá resolver más temprano que tarde.

LA ECONOMÍA JAPONESA: ¿EN EL LÍMITE?

A pesar de las enormes expectativas que despertó la llegada al gobierno japonés de Junichiro Koizumi y de las rimbombantes reformas anunciadas para acabar con la crisis económica, muy poco parece haber cambiado después de nueve meses de ejercicio del poder, entre abril y diciembre de 2001. Por lo pronto, la crisis económica que vive Japón desde hace ya 11 años no se ha resuelto en lo más mínimo; todo lo contrario, se agudiza día con día, metiendo al primer ministro Koizumi en un verdadero atolladero. Es más, en el lapso de los 11 años de recesión la economía del país ha confrontado varios momentos críticos —crisis dentro de la crisis se podría decir—, el último de los cuales corresponde a la segunda mitad del 2001, uno de los más severos por sus costos sociales internos y por sus alcances internacionales.

Muchos datos y hechos reflejan la crítica situación de Japón: una caída del producto interno bruto de 0.5% real anual al cierre del 2001 y el abatimiento del ya tradicional superávit comercial de Japón en 43.1% en el transcurso de la segunda mitad del 2001 son dos indicadores contundentes, con el agravante de que si la actual situación económica no evoluciona favorablemente dicho superávit tenderá a desaparecer en el 2005. En la misma línea, a

principios de septiembre el índice Nikkei llegó a su nivel más bajo en los últimos 18 años, llevando a la Bolsa de Tokio a 10 409.68, cifra muy cercana a los 10 000 puntos, límite extremadamente crítico para los precios de las acciones de las compañías japonesas, flagrante evidencia de su debilidad económico financiera, condición que los atentados terroristas del 11 de septiembre no hicieron sino agravar, particularmente en los de por sí sensibles sectores de la industria de la aerotransportación, la automotriz y la de la construcción. Y por si esto no bastara, la producción industrial ha caído al menos 2.9% y el gasto de los hogares japoneses, o consumo doméstico, ha caído al menos 2% entre abril y septiembre del 2001,²¹ lo que representa no sólo un desplome espectacular, sino un tremendo freno a la economía. Ya es muy difícil producir y nadie quiere comprar.

El cuadro anterior no quedaría completo si no recordáramos que la espiral de quiebras y el desempleo, que en octubre alcanzó 5.5%, continúan creciendo como la espuma, colocando tremenda presión social sobre una economía que adicionalmente debe cargar con el pesadísimo lastre de la “deuda pública más cuantiosa del planeta”, equivalente a unos 5.5 billones de dólares, ni más ni menos que 140% del PIB del Japón de hoy, y con un yen cuyo valor continúa cayendo para llegar a 133 por dólar, nivel de devaluación que no se alcanzaba desde octubre de 1998.²² Por todos estos indicadores y otros que no es el caso mencionar, parece que la economía japonesa está tocando fondo, ha llegado a un límite en el que el próximo escalón parece ser la debacle.

Pese al éxito del primer ministro en la aprobación de un presupuesto suplementario por un total de 4 trillones de yenes para fomentar la recuperación económica y la proclamación de la meta de eliminar en tres años la monstruosa deuda de los bancos japoneses, que constituye el mayor de los obstáculos para salir de la crisis, la atmósfera de pesimismo y desconfianza por parte de la sociedad japonesa no se ha despejado en absoluto, y por parte de la comunidad internacional, en especial de los países industrializados, persisten los temores y preocupaciones. En efecto, ya había quedado de algún modo expresada la preocupación de los líderes del G-8 en la reunión de Okinawa, en julio de 2000, en torno a la capacidad de Japón para llevar adelante una reforma estructural efectiva, así como para hacer transparentes los intereses que mueven a sus políticos y burócratas al tratar de ofrecer opciones reales a los problemas financieros internacionales. La duda fundamental

²¹ Datos tomados de *Japan Times* y de *El País*, del 31 de octubre de 2001, p. 47.

²² *Time Magazine*, febrero de 2002, p. 12.

era: si hasta ese momento Japón no había podido reconstruir un liderazgo fuerte, confiable y duradero que ofreciera confianza y fortaleza a la relación entre el gobierno y los agentes económicos y políticos en el interior del país, mucho menos podría sostener congruentemente sus compromisos con la comunidad internacional.

Frente a la agudización de la crisis nipona, tales temores y preocupaciones se acentúan, particularmente por parte de Estados Unidos, quien teme que la debilidad y hundimiento de la economía japonesa no sólo pongan en peligro la incipiente recuperación de la economía estadounidense, sino que también bloqueen la recuperación y el crecimiento de toda Asia, al tiempo que debiliten la posición de Japón como factor de equilibrio y dinamización de la economía del mundo. En términos más específicos, funcionarios estadounidenses argumentan, no sin preocupación, que “a menos de que Japón cambie sus métodos, podría pronto ser eclipsado por China, un hecho que tendría importantes implicaciones estratégicas para Washington”. Estas y otras preocupaciones fueron externadas recientemente por Paul O’Neil, el secretario del Tesoro estadounidense, en un muy esperado discurso en el Club de Prensa Nacional de Japón, en donde con un lenguaje singularmente directo y muy poco diplomático en el sentido tradicional, conminó a Japón a avanzar más allá de los “deseos frustrados” de una reforma y a adoptar “acciones rápidas y efectivas” para enfrentar sus problemas económicos, entre las cuales no debería estar la utilización de una moneda débil, puesto que “las tasas de cambio no pueden mejorar la productividad o solucionar préstamos difíciles de cobrar”. Esto último constituye una clara advertencia al proceso de devaluación del yen, inducido o permitido por el gobierno japonés, que ha provocado alarma entre los fabricantes estadounidenses, preocupados por la ventaja competitiva que adquieren los productos japoneses con un yen barato frente al dólar, no sólo en el mercado interno sino en todo el mundo; por otro lado, existe también la preocupación de que un yen demasiado débil precipite devaluaciones por toda Asia, generando tensiones comerciales de carácter mundial que no son convenientes para el “gendarme global”. Intereses, al fin. En definitiva, el imperativo es que ya ha llegado la hora de que Japón se recupere económicamente, puesto que sus problemas y dilaciones están contaminando y afectando a los demás.

No obstante las urgencias internas y las presiones externas, el problema de la resolución de la crisis económica ha requerido y requerirá todavía más tiempo. Se trata de Japón y de sus usos y costumbres, donde las decisiones rápidas no son la norma. Por lo demás, no es sólo un problema económico

financiero, por más que éste sea el detonante. Se trata también de hábitos, de actitudes, y de un proceso complejo de restitución de la confianza por parte de la sociedad japonesa en sus instituciones y liderazgos, así como la disposición para aceptar los cambios e incursionar en nuevos estilos de vida. Y eso, como se ha dicho, requiere tiempo. En otras palabras, la detención de la “locomotora económica de Asia” desde principios de los noventa no sólo agravó las tendencias recesivas en curso, sino que ha conducido a la economía japonesa a la llamada “trampa de la liquidez”, con la consiguiente inhibición de las inversiones y el abatimiento del consumo, identificados por muchos economistas, tanto japoneses como extranjeros, como las causas fundamentales de la recesión japonesa, que son a la vez las tendencias que hay que revertir para salir de la misma.

El fenómeno de la liquidez, ocasionado por la contracción de la inversión y del consumo, se funda en la tradicional tendencia al ahorro observada por la sociedad japonesa, y en la actual desconfianza en la honorabilidad y solvencia de las instituciones financieras, causada por las quiebras y crisis recurrentes de la banca, casas de bolsa e instituciones de seguros, y derivada del fuerte descenso de los valores bursátiles y de los bienes raíces, de la tasa cero o aun negativa de los intereses, hechos y situaciones que han ido marcando la preferencia por los fondos líquidos. El dinero contante y sonante proporciona, al menos, una seguridad psicológica frente a la incertidumbre y desconfianza generalizadas, por lo que una gran mayoría de los japoneses de hoy prefiere atesorar sus ahorros y no invertirlos en negocios y empresas, con la ventaja adicional de que cuentan con disponibilidad inmediata ante algún requerimiento por las llamadas “enfermedades de la edad”. Mientras no haya seguridad, tasas de interés elevadas, y una inflación capaz de revertir las tendencias hacia la liquidez, ofreciendo una ganancia atractiva, persistirá esa suerte de círculo vicioso que tiene entrampadas a la economía y a la sociedad japonesas de hoy.

El reto para Junichiro Koizumi es, pues, titánico; no se trata sólo de “poner coto a privilegios, padrinzgos, corrupción e impunidad en el Japón”, como ya se ha expuesto a lo largo del presente trabajo, sino sobre todo de impulsar las reformas estructurales que la economía necesita para volver a crecer, meta que buena parte de la sociedad le ha encomendado llevar adelante con su apoyo electoral. Si una de las grandes virtudes políticas del flamante primer ministro ha sido interpretar y canalizar por medio de “su” paquete de reformas las aspiraciones de cambio del pueblo japonés, queda todavía por ver su decisión y congruencia con las mismas en el campo de las realizaciones concretas. Eso tomará tiempo, ni duda cabe.

APÉNDICE

<i>Nombre oficial</i>	Japón
<i>Capital</i>	Tokio
<i>Extensión territorial en miles de km²</i>	378
<i>Población en millones (1999)</i>	127
<i>Religión(es)</i>	Mayoría sintoísta. Existe una minoría budista, protestante y católica
<i>Idioma(s)</i>	Japonés
<i>Moneda</i>	Yen/Y*
<i>Gobierno</i>	Democracia representativa
<i>Jefe de Estado</i>	El emperador Akihito
<i>Principales organizaciones políticas</i>	Coalición de tres partidos: Partido Liberal Demócrata, Hoshuto, Nuevo Komeito Minshuto, Partido Comunista Japonés, Partido Liberal, Partido Social Demócrata
<i>Miembros clave del gobierno:</i>	
<i>Primer ministro</i>	Yoshiro Mori
<i>Secretario del gabinete</i>	Hidenao Nakagawa
<i>Ministros clave</i>	
<i>Finanzas</i>	Kiichi Miyazawa
<i>Reconstrucción Financiera</i>	Hideyuki Aizawa
<i>Relaciones Exteriores</i>	Yohei Kono
<i>Comercio Internacional e Industria</i>	Takeo Hiranuma
<i>Directores generales y Agencias del gobierno</i>	
<i>Defensa</i>	Kazuo Torashiuma
<i>Planificación Económica</i>	Taichi Sakaiya
<i>Manejo y Coordinación</i>	Kunihiro Tsuzuki
<i>Gobernador del Banco Central</i>	Masaru Hayami

* Véase anexo estadístico para tipo de cambio.